

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS

E. R. A.



—¡Ahí va esa mosca! Ayuntamiento de Madrid.

Dib. TOVAR.—Madrid.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

9.—Rombo.

.....
.....
.....
.....
.....

Substituir puntos por letras; las palabras que resulten habrán de ser iguales leídas horizontal y verticalmente; todas han de principiar y terminar con la misma letra y la línea mayor será el nombre de una población española.

10.—Una ciudad mal escrita.

**MIMO
PUEBLO**

11.—Cadeneta (léase horizontal y verticalmente).

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Para los niños.
Río.
Piedra.
Animal.
Chiquitín.
Tratamiento.
Ciudad.
Famoso general francés.
Para los niños.

12.—Propio de andaluces.

100 100



**SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6**

13.—Comprimido (de higiene popular).

SOLUCIÓN, LECHE; O

14.—Da celos.

508500500
En los picadores

15.—Un pagano.

AGRUPACIÓN DE FAMILIAS

EL QUE VA A UN SITIO

16.—Charada.

—¿Primera tercera son los mejores tejidos para el verano?
—Los segunda tercera.
—¿Y la parte más ancha de los caballos?
—Las todo.

17.—Para las elegantes.

**En los bares y en Melilla
En la cabeza**

18.—Principio de un libro.

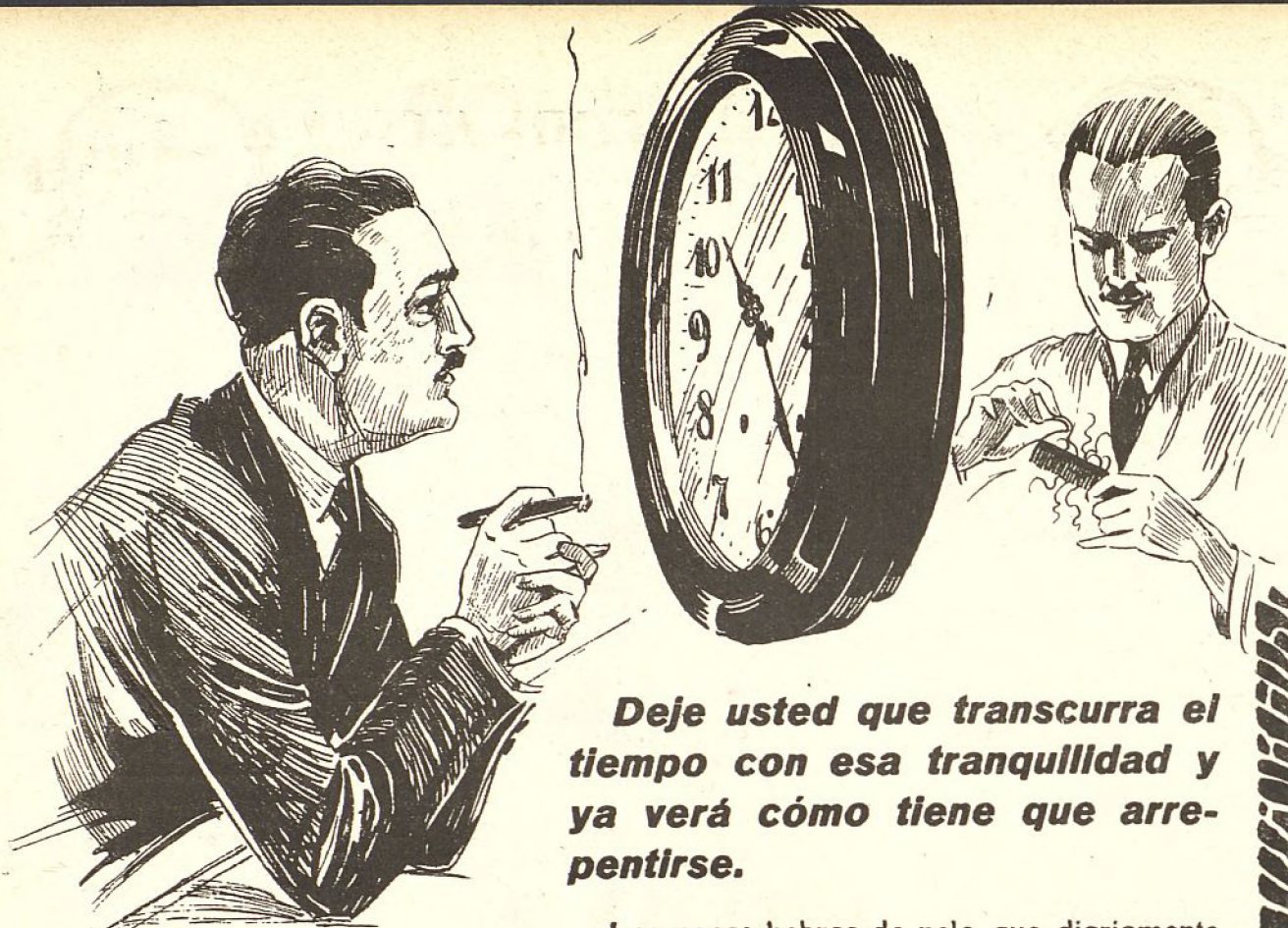
D Q
Pronombre Nombre
Negación Año
RESOLVERME...

CINCO CASAS



Agua RADIUM
TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
— matices permanentes —
CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA

Cupón núm. 2
que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de julio.



Deje usted que transcurra el tiempo con esa tranquilidad y ya verá cómo tiene que arrepentirse.

Las pocas hebras de pelo que diariamente se le quedan en el peine acabarán por dejarle la cabeza completamente pelada. Padece usted hipersecreción sebácea, y nunca como en esos momentos está más indicado el uso del

Regenerador "PAZ" del Cabello

Una buena fricción todas las mañanas produce un efecto maravilloso. El exceso de grasa desaparece al poco tiempo, y notará usted que el pelo no sólo deja de caerse, sino que adquiere un vigor extraordinario. La calvicie total se combate radicalmente con este conocido producto, que ha merecido

GRAN PREMIO DE HONOR Y MEDALLA DE ORO
en la Exposición de Milán, 1921

GRAN COPA DE HONOR Y MEDALLA DE ORO
en la Exposición de Amberes 1923

Consulte gratis al autor, **DIEGO PAZ**, calle Don Alfonso I, núm. 36. - ZARAGOZA

Frasco: 15 ptas. en España; 20 ptas. en el Extranjero

Pídalo en las mejores droguerías y perfumerías. Si no lo halla donde reside, pídale al autor remitiendo el importe por giro postal

REPRESENTANTES:

En Buenos Aires: Enrique Corominas, Achaval, 623.
En Cuba: Sres. Pineda y García, Aguiar, 107, Habana.
En Nueva York: Zoilo Izquierdo, 3.505 Broadway.
En Méjico: Sergio Bobes, Avenida Cinco de Mayo, 11 bis.

LA DESPEDITA

CUADRO ÚNICO



La acción se desarrolla en la Puerta del Sol, un día de otoño, a las seis de la tarde. Personajes: El padre, la madre y el hijo (vecinos de Quismondo) y una señora.

La madre.—¡Adiós, hijo mío!

El hijo.—¡Madre!...

La madre.—¡Anda, besa a tu padre, abrázale!

El padre.—¡Hijo!...

(Le besan, le abrazan. La madre llora copiosamente. El padre comienza a gotear y hace esfuerzos, que se traducen en guiños, para no imitar a la cónyuge).

La madre.—¡El cielo te bendiga y proteja! ¿Cuál es tu última voluntad?

El hijo.—¡¡Madre!!

La madre.—¿Quiérs algún recaó pa la Gustava?

El padre.—¡No seas bruta, Bárbara, que lo asustas!

El hijo.—No, padre. Si ya me tengo yo mu requetesabío que es difícil volver. La dicen ustés que me he acordao mucho de ella y que no se eche de novio el Rebollete.

—La madre.—Descuida.

El hijo.—Y con las perras que tengo en el bolso la mercan ustés cualquier chucheria y se la llevan ustés.

El padre.—Tóo se hará a tu gusto, si hay ocasión pa hacerlo.

El hijo.—Pues adiós.

El padre.—Adiós hijo, hasta la vuelta.

La madre.—Bésale otra vez, Anastasio, que pué que sea la última.

El hijo.—¡¡Madre!!

El padre.—¡Y dale, bolo! ¡Que te se ha metío en la serrinera que no va a volver el chico!

El hijo.—Pué que tenga razón madre, padre. Ah, y

tengan ustés las perras; mejor será. Así cuando me registren el bolso, no me encontrarán más que la pelusilla.

La madre.—¡Hijo!

Una señora (que escuchó).—No se acongoje así, buena mujer.

La madre.—Es que usté no sabe...

La señora.—Comprendo, aunque por fortuna o desgracia, no tengo más familia ni más compañía que un perro chiquitín.

El padre.—¡Hay que ser valientes! Tal vez no le pase ná. ¿No es verdá, señora?

La señora.—Seguramente. Muchos vuelven incólumes.

La madre.—¿Cómo dice usté que vuelven?

La señora.—Tal y como se fueron.

La madre.—¡Ah!... Pero eso sería un milagro de Dios. No hay más que leer los papeles. Toos los días uno o dos muertos y varios tullidos.

El hijo.—¡¡¡¡Madre!!!!

El padre.—¡Y dale! ¡No lo asustes, mujer, que no es pa tanto!

La madre.—¿Que no es pa tanto? ¿Por qué no vas tú en lugar del chico?

La señora.—El señor ya es viejo.

El padre.—Sí, señora. Porque tengo las piernas flojas y no podría huír.

La señora.—¡Ave María! ¿Huir ante el enemigo?

El hijo.—¡No, que se va uno a estar quieto pa que lo arrollen!

La madre.—Di que sí, hijo; corre, que tóo es preferible a que te traigan hecho un rompcaezas.

El hijo.—¡¡¡¡Madre!!!!

El padre.—Pues no haber venco a Madriz, que bien de veces que te lo repetí; pero como eres más bruta que yo —¡y cuidao!—, te encerrastes en tus veintitrés y aquí estamos.

La señora.—¡Valor, rústicos campesinos! ¡La patria lo ordena!

La madre.—¿La patria?

El padre.—¿Qué dice esta mujer?

La señora.—Sí, doloridos paletos. El moro acabará doblegándose ante el empuje español.

El hijo.—Pero, ¿se pué saber de qué habla usté?

La madre.—Eso, sepamos...

La señora.—De qué he de hablar. ¿No va su hijo a Marruecos?

El hijo.—No, señora. ¡Si es que voy a atravesar la plaza!

TELÓN

PABLO TORREMOCHA



Dib. SILENO.—Madrid.

PORQUÉ ABANDONÓ LA ESCENA DARÍO PITUTE

(Traducción libre de un fragmento de las "Memorias del insigne trágico" que no se escribieron jamás).

—Que pase esa especie de imbécil— dije.

Y fué por esto que mi criado de cámara hizo pasar a mi despacho al visitante que preguntaba por mí y que hacía él el trigésimo de los que eran llegados a verme aquella mañana.



Dib. CASERO.—Madrid.

—No se dan a respetar Agapito: Antes estábamos las mujeres, mejor miradas que ahora.
—¡¡Que te crees tú eso!!...

Mi criado de cámara le hizo pasar y salió.

Entonces levanté los ojos y ví ante mí a un viejo hombre, todo él no mal vestido, que me miraba con fijeza a mis dos ojos.

—¿Quién es usted?—le pregunté a él.

—Oh, señor!—se gritó—pero esto no tiene ello una gran importancia. Yo soy Agathón Malashierbas, rentista de Villaseca sobre Ródano, un muy grande admirador de todos los grandes trágicos, que nunca pude ser venido a París. Cuando pude ser llegado la víspera de ayer, yo fui sabido con un muy grande desconsuelo que el grande hombre trágico, señor Darío Pitute, se estaba enfermo de calenturas...

—Pero, querido señor...

—Yo no podía ser regresado a Villaseca sobre Ródano sin ver al grande hombre trágico de los gestos espantables sobre la escena...

—Yo os soy verdaderamente reconocido de todas mis fuerzas, señor Agathón Malashierbas de Villaseca sobre Ródano, pero yo os suplico...

—¡Ah, pero no, señor Pitute! ¡Oh, que yo soy cretino!

—Yo no soy llegado a vuestra casa solamente por esto. Yo tengo un grande secreto que deciros...

—¿Un grande secreto?

—¡Ah, pero sí! Un grande, un ferriante secreto.

—Entonces, ¿usted puede decírmelo ya mismo?

—Voluntario, señor.

—Ya escucho.

—Vuestra esposa os engaña. Ella tiene un amante.

Yo miré a sus dos ojos al señor Agathón Malashierbas de Villaseca sobre Ródano. Ellos estaban fijos en mí con toda de la ansiedad. Yo comprendí todo a la hora. Yo tenía delante de mí un pobre caballero loco, escapado, es posible, de una casa de salud.

—Y bien, caballero. ¿Mi esposa, ella, me engaña?

—Pero, con ensañamiento, señor.

¿No se está usted estremecido?

—Pero sí, caballero. Yo me soy totalmente estremecido.

—Todavía él le hay otra más fuerte cosa —añadió él.

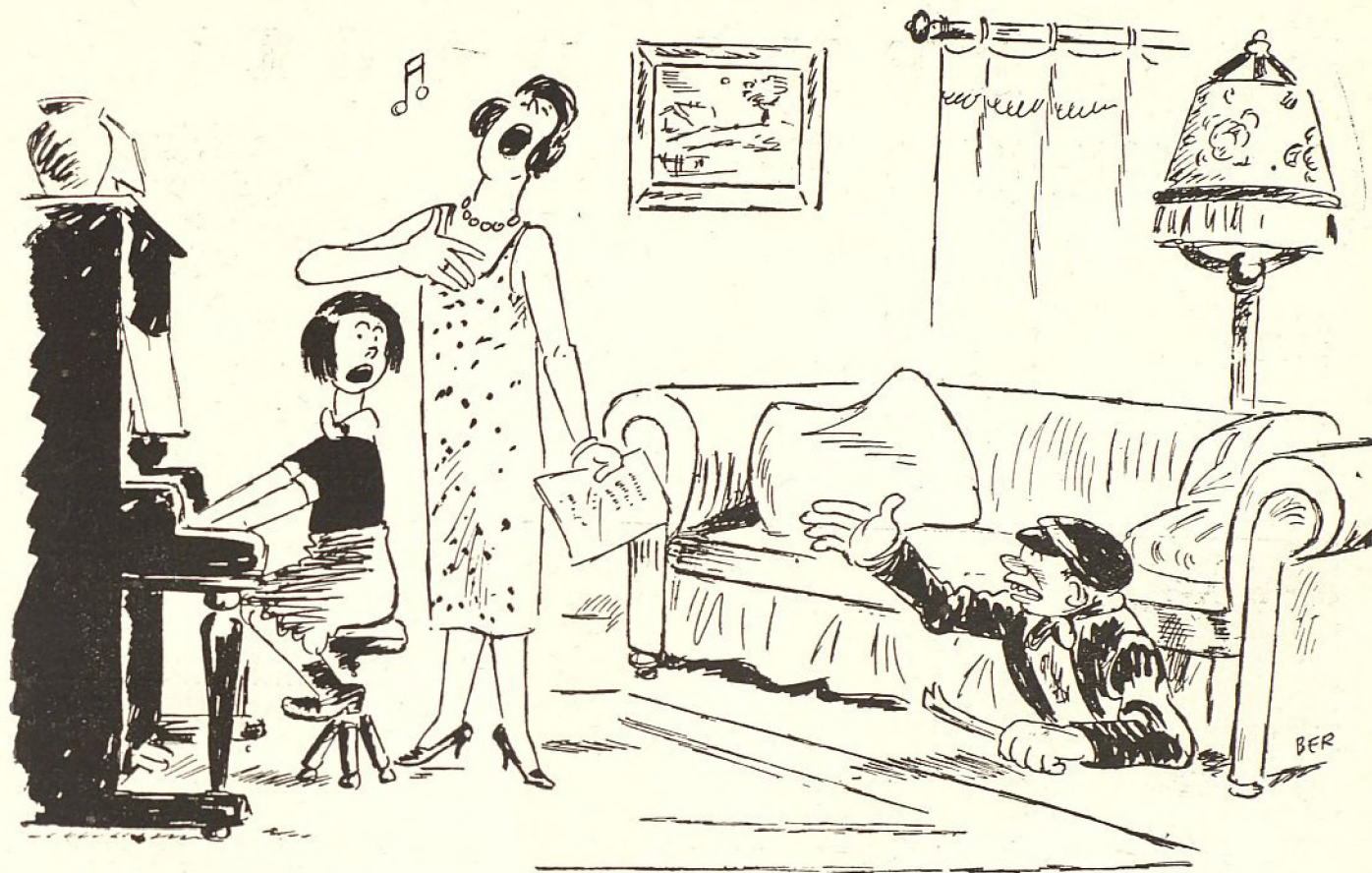
—¿Cuál?

—Que el amante de vuestra esposa es él..., es él...

—Veamos, señor: ¿quién es él?

—¡¡Vuestro propio hermano menor!!

—¡Pobre caballero loco! ¿Dónde sería él ido a parar con sus muy absurdas revelaciones?



Dib. BERGSTRON.—París.

—¡Bueno, bueno, señorita!
¡No grite usted más, que ya
me entregó!

—Es bien desagradable, señor, esto que usted me dice.

—¡Ah; pero usted no se tiene el aspecto de espantarse...!

—¡Oh, pero sí! Yo estoy extraordinariamente espantado. Posiblemente la costumbre de la escena hace ella que usted no lo comprenda completamente; pero yo estoy muy grandemente espantado.

—Sin embargo, es terrifiante esto que yo dice, señor. Es ella, vuestra esposa, quien os engaña con vuestro propio hermano menor... ¿Comprendéis?

—Sí, yo comprendo bien del todo.

—Y aun hay más todavía.

—¿Más?

—¡Ah, pero sí! ¡Es vuestra madre, vuestra anciana y toda ella venerable madre quien protege ella estos incestuosos amores de todos los dos....

Yo fui comenzado a ser inquieto. El

caballero loco, se acompañaba sus revelaciones de gestos terrifiantes; sus dos ojos se teñían ellos de rojo de sangre...

—Y bien, señor. Yo os soy muy reconocido por vuestra revelación. Y yo os agradecería profundamente que me fuérais dejado solo unos pequeños instantes. Yo siento la necesidad de reflexionar sobre este caso espantable que usted me revela...

El pobre señor, loco, botó.

—¡Oh, como es inaudito! —se gritó él—. ¡Cómo yo he sido engañado!

—Pero, ¿usted también, señor?

—Pero, no; pero no... Yo he sido engañado todo. Yo era creído de que usted se estaba un muy eminente trágico, de que todos sus gestos de espanto, de terror, de venganza se estaban terribles... Pero yo no pude verle al teatro nunca. Y es por esto que vine a su casa por hacerle estas terrifiadamente

espantosas revelaciones, todas ellas falsas, por verle el gesto suyo del teatro...

¡Es ello verdaderamente inaudito...! ¡El grande hombre trágico ha perdido él su gesto espantable...! ¡Oh, cómo yo he sido fracasado...!

Entonces yo cogí un pequeño busto de bronce, que él representaba la alegría de vivir y se lo arrojé con todas mis fuerzas a su idiota cabeza.

El señor Agathón Malashierbas de Villaseca sobre Ródano, tumbó él con el cráneo partido.

El tribunal me condenó a trabajos forzados a perpetuidad.

Y fué por ésto, que tuve que negarme a cumplir mis contratos con los grandes empresarios que me asediaban todos ellos...

Por la traducción,

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO

EL SEXO DÉBIL

¡Pobres mujeres! ¡Cuánto padecen!
Dignas son todas de compasión.
Son desgraciadas desde que nacen;
y hasta que mueren víctimas son.
Mal recibidas generalmente
son, al principio, por sus papás;
pues, ya se sabe, los matrimonios
quieren un *chico* para empezar.

Y el padre sueña cuando *lo encarga*,
conque el muñeco que ha de venir
será un *Gayarre*, o un *Carlo Magno*,
o un *Benavente* o un *Vanderville*;
sin darse cuenta de que si es hembra,
nada hay que impida que pueda ser

una *Teresa*, o una *Agustina*,
o una *Guerrero* o una *Vallière*.

Como decimos, nacen las pobres
y el *sin entrañas* del comadrón,
al poco rato, les atraviesa
las orejitas con un punzón.
Suplicio estéril.... Necio *atavismo*,
que en la temprana rosa carnal
inicia el lujo de unos pendientes
que luego cuestan un dineral.

Pasan los años para las nenas;
se hacen mujeres; gozan su amor;
son, al fin, madres....; ¡Tres cosas
[santas

que cada una trae su dolor!....
Por fin se casan, si tienen *gancho*
y de *trapero* saben actuar....
Y, en represalias, luego el esposo
igual que a un *trapo* las da en tratar.

Enamoradas de su persona,
sufren la angustia de los corsés;
y a *tirón limpio*, las lindas cejas
se arrancan luego, no sé por qué.
En las pestañas se ponen *rimmer*,
y en la carita *cal* y *carmin*.
Y, es claro, aun siendo muy elegantes...
como *paletas* quedan al fin.

Les gusta un hombre, y ¿a qué con-
[tarles?....

Ni se lo pueden comunicar;
ni aun desde el beso que entre los la-
[bios
de muchas de ellas se vé temblar....
Y si *se escurren*... ¡Horror de horro-
res!—

Somos los hombres de condición,
que, casi siempre, por divertirnos,
les destrozamos el corazón....

.....
¿Que las hay *roncas* y *bigotudas*?
¿Que hay cada *harpiá* que hace tem-
[blar?

¿Que existen hembras *de pelo en pecho*
que a Dios le *tumban* de una *guantá*?
¿Que hoy los *destinos* son para ellas?
¿Que un *truco* es eso de su endeblez?
¿Que son *ministras* y *concejalas*
y serán pronto cuanto hay que ser?
¿Que lo que un hombre no logra a
[veces,

ellas lo alcanzan con un mohín?
¿Que ni *torean*, ni llevan *cofres*,
ni gastan *porra*, ni van al *Riff*?
Todo eso es cierto; pero con ellas
¿quién ser galante no tiene a honor?
Y aun cuando alguna pegue a su
[esposo,

como la suegra de un servidor;
como aseguran que *manos blancas*
no ofenden nunca, lo natural
es dar las gracias cuando nos parten,
a puñetazos, un *parietal*.
Y ni el recurso, lectores, queda,
cuando *de espaldas* uno las vé,
de *sacudirlas*, puesto que *espaldas*
tampoco tienen, no sé por qué.

Sólo hay un medio de reducirlas
que a todas horas debéis usar.
Cuando se enojan; cuando se encres-
[pan;

cuando los platos van a volar;
hincáos de hinojos a los pies suyos;
piropeadlas con ilusión;
dadlas un beso de esos que salen
de los redaños del corazón....

Y yo, lectores, os garanto
que aunque sea un *tigre* vuestra mujer,
en vuestros brazos, hecha *jalea*,
ni dos minutos tarda en caer.

JAVIER DE BURGOS



Dib. GALINDO.—Madrid.

—¡Caramba! ¡Un trébol de cuatro hojas! ¡Ahora sí que me ha caído la suerte encima!

ARREPENTIMIENTO

El hombre, miserable gusano, esclavo de sus indignas pasiones, es el más ruín ser de la creación. Dominarlas, debe ser su principal propósito, si no quiere verse arrastrado a la más espantosa de las degradaciones, durante su tránsito por esta vida terrenal y fugaz. Seguid este desinteresado consejo que os da una criatura contrita y apenada. No me deis las gracias. No las merezco.

Me basta con mi íntima satisfacción y ya me parece que después de este



desahogo mi ánimo se desinquieta y la luz vuelve a mi atribulado espíritu.

Pero no basta, no. Para mi mayor sonrojo y para ejemplo de los demás, he de contaros como sucedió aquello, aquello que estuvo a punto de hacer zozobrar mi ser en el proceloso piélagos de la más negra de las abyecciones.

Yo vivía feliz. Mis más tiernos afectos se repartían por igual entre Fú y Mambrú. Era correspondido.

Fú era un gatazo blanco, runruneador y zalamero siempre, de fino y tu-



rido pelo. No voy a cansaros con la descripción de un gato, pero si he de señalaros las especiales dotes de mi Morado Fú, tan tibio y tan sabroso.

Mambrú era un bull dog de la más

rancia prosapia, siete medallas de *vermeil* en exposiciones nacionales y extranjeras. Simpático Mambrú, te ofrezco este recuerdo a tu afable carácter,



tras la máscara de ferocidad más terrorífica que ningún bull dog ha paseado por las calles de esta Corte. Tampoco he de cansaros con la descripción de Mambrú. Todos le recordáis cuando, zambeando con su tristeza de fiera domesticada, me seguía en mis cotidianos paseos de exploraciones urbanas. Era dócil y casto, si bien algo tar-



Fú y Mambrú convivían en mi compañía como buenos camaradas. Sus deberes y atribuciones estaban bien delimitadas y cada uno vivía contento y feliz.

No podría ciertamente explicaros cómo surgió en mi mente aquella idea, que había de ser luego la causa de toda nuestra desgracia. No me lo he explicado nunca.

Ello fué que un día salí acompañado de Fú, dejando en casa a Mambrú. Fué de ver aquel gatazo blanco siguiendo dócilmente a su amo por las calles, plazas, plazuelas y callejuelas que tiene Madrid.

Al volver a casa la tempestad se cernía sobre nuestras cabezas.

Mambrú, triste y vejado, se ocultaba de nosotros, dirigiéndonos a hurtadillas miradas centelleantes de odio. Un rictus de amargura y desengaño se dibujaba en su hocico. Se negó a admitir alimentos y comprendí su propósito de hacerse morir de hambre.

No podía consentir yo aquello. Hice todo género de esfuerzos para convencer a Mambrú de mi sincero arrepentimiento, pero no acertaba con el gé-



ro de reparación que la delicadeza de Mambrú exigía. Por fin, decidido a recobrar su afecto a toda costa, a conservar la vida y a devolverle el humor perdido, tomé una resolución heroica. Desprenderme de Fú.

Nadie sabe bien con qué dolor de corazón llegué a acostumbrarme a la idea de desprenderme de Fú. Deseché en principio toda idea de separación temporal, que pugna con mis principios de la relatividad de lo absoluto. No había más remedio que decidirse por la



muerte de Fú. Decidíme, ya que además me reportaría ello dos no despreciables ventajas; una gastronómica y la otra la de aprovechar su piel para un cuello de abrigo, convenientemente

teñida de marrón, oscuro, cual magnífica marta.

Por fin, apreciando esta prueba de afecto, mi fiel Mambrú en un par de días recobró los 750 gramos que había perdido de su peso y volvió a ser el



que antes era, acompañándome, siempre alegre, con su terrorífica y afable figura, en mis reanudados paseos de exploración ciudadana.

El frío de invierno comenzaba ya a aterir nuestros míseros miembros. Aquella tarde, —aún la recuerdo con horror—, se habían dado cita en mi casa mis amigos, para leer versos del Don Juan Tenorio al amor de la lumbre de unos rugosos leños que ardían pezosamente en la chimenea de mi despacho.

Mambrú, cual castellano lebrél, jadeaba destacando su tendida silueta sobre el resplandor de las mortecinas llamas.

Mi criado entró a avisarme que el sastre enviaba el magnífico gabán nuevo, con cuello de piel de marta. Vanidoso, hice que lo entraran. Ojalá no lo hubiera hecho: no estaría mi espíritu sumido hoy en las tinieblas del remordimiento.

Apenas entró mi criado trayendo el gabán, comenzó Mambrú a lanzar sordos gruñidos que pronto se convirtieron en roncos ladridos. A la piel de marta se le erizaron los pelos. Mis amigos se miraron sonriendo irónicamente. La sombra de Fú pasó por la estancia como ráfaga de silencio pesado e inquietante, sólo interrumpido por los isócronos y roncos ladridos de Mam-

brú. Acabó por invadirnos una especial molestia.

Mis amigos, uno a uno y silenciosamente, se fueron saliendo de mi casa, despidiéndose con marcada frialdad.



Al día siguiente, me mandé hacer dos pares de guantes con la piel de Mambrú.

FRANCISCO RAMIREZ MONTESINOS

UNA DESILUSIÓN, UNA GRAMÁTICA Y UN DICCIONARIO

Hojeando estos días, por mera curiosidad, el texto de Gramática española de uno de mis chicos, he hecho un descubrimiento verdaderamente sensacional: he descubierto que no sé gramática.

Tratándose de un escritor, esto no tendría nada de particular, si no hubiera yo venido creyendo lo contrario desde hace treinta años. ¡Treinta años en el error! ¡Es espantoso! ¿Cómo he podido vivir tanto tiempo sin saber gramática? No me lo explico.

Si hace quince días me hubieran impuesto como castigo que conjugase un verbo cualquiera, hubiese creído salir del paso diciendo cuatro vulgaridades acerca del indicativo, del subjuntivo, del futuro imperfecto y de esa cosa descomunal y apocalíptica que se llama pretérito pluscuamperfecto. Todo esto me era en cierto modo familiar. Pero si me hubiesen mandado que conjugase el compuesto o perfecto del modo potencial, me hubiese quedado como quien ve visiones. Esas palabras juntas y formando un sólo término, no las había oído jamás. Sospecho que en mi época de estudiante no se había llegado aún al grado de perfección, que supone el poder hablar de este modo... potencial. ¿Con qué se comerá eso?

En otro pasaje del libro y en la pintoresca forma de preguntas y respuestas, tan usual en los textos elementales, se dice lo siguiente:

«P. — ¿Pueden establecerse reglas generales para la formación de los tiempos de los verbos irregulares de la quinta clase?»

R.— Sí, señor: 1.ª La primera persona del presente de indicativo forma todo el presente de subjuntivo. 2.ª La tercera del plural del pretérito indefinido de indicativo, forma el pretérito y futuro imperfectos de subjuntivo; y 3.ª La primera persona del futuro imperfecto de indicativo, forma las de las terminaciones *ría* del modo potencial simple.»

Confieso noblemente que no tenía la menor noticia de estas interesantísimas reglas. Pero, ¿en qué estaba yo pensando? ¿Cómo he podido vivir tranquilo desconociendo que la tercera persona del plural del pretérito indefinido de indicativo forma el pretérito y futuro imperfectos de subjuntivo en los verbos irregulares de la quinta clase? No tengo perdón de Dios.

En mis tiempos de joven, en esa edad florida, iconoclasta e idiota de los veinte años, cuando el que más y el que menos habla despectivamente de Cervantes, de Shakespeare y de Anto-

nio Grilo, y va por calles y plazas escogiendo sitio adecuado para su futura estatua, mi ilusión, mi gran ilusión era llegar a Académico de la Española... Hoy, después de cerciorarme de que no sé una palabra de gramática, no puedo ya seguir alimentando ese dulcísimo sueño. Para ser Académico de la Española, hay que saber gramática de un modo absoluto e irrefragable, como la sabe don Antonio Maura, cuyos discursos son un modelo de claridad lingüística; como la sabe don Miguel Echegaray, que vé «cerrillos donde se alzan palacios con cien salones de mucho espacio»; como la sabe *Azorín*, que ha escrito artículos *sobre Santa Teresa de Jesús*, y como la saben don Pedro de Novo y Colson, por el hecho de ser marino; don Juan Vazquez de Mella, por el hecho de ser carlista, y don Juan Armada y Losada, por el hecho de ser... el Marqués de Figueroa.

¡Estos señores sí que saben gramática! ¡Y si no que lo diga ese magnífico diccionario que acaban de poner a la venta al modestísimo precio de diez duros, con la sana intención de que no pueda leerlo nadie!

MARCIANO ZURITA

EPIGRAMAS

DE

"BUEN HUMOR"

El sereno de mi calle,
Lucas Moreno y Lasalle,
es, cuando presta servicio,
tan cumplidor de su oficio
que ahí va el siguiente detalle:

Si un amigo malo o bueno
de noche a su lado llega
y comunica a Moreno
que su mujer se la pega,
¡él se queda tan sereno!...

...

Pepa, la mujer de Chopa,
que ha poco regresó a Europa
en vapor y por el mar,
ha dicho al desembarcar
que el viaje fué viento en popa.

Pero yo, que sé por Frías
que el *restorán* varios días,
sin que el motivo se sepa,
sirvió en el *menú* ju fías,
digo que fué viento en Pepa...

...

Mozo de cuerda es Facundo
y, al cargarse un baúl ayer,
enfermó. Y al parecer
hoy se encuentra moribundo.
¡Caray! ¡Tendría que ver
que se fuese al *otro mundo*!...

...

Toribio Pérez, el reo
del crimen de Valquemado,
por su delito tan feo
a muerte fué condenado.
Y el periodista Blas Mengua
escribió con candidez:
«Mañana saca la lengua
Toribio la última vez.»

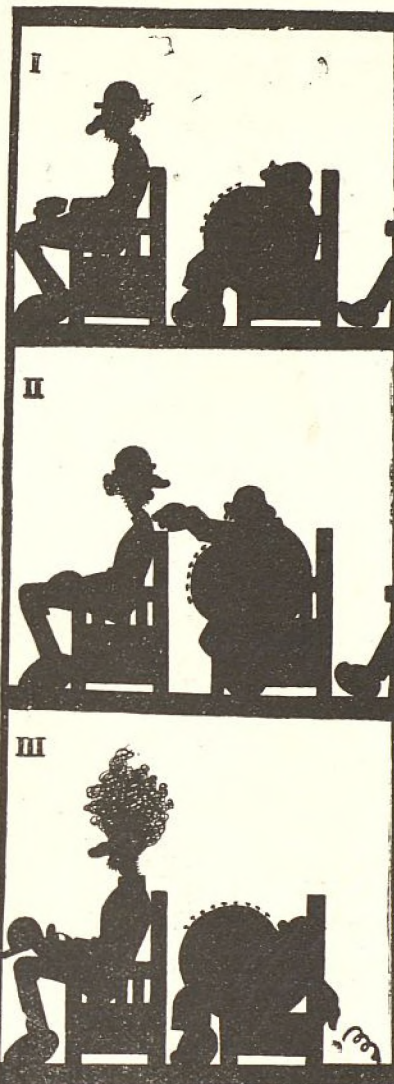
...

Es tan pudorosa Amada,
tan tímida y vergonzosa
que se pone colorada
por la más sencilla cosa,
lo que se dice por nada.
Un décimo la ofreció
el jueves un pobre sordo,
pero ella lo rechazó
solamente porque no
la llegue a tocar el gordo...

...

¿Será bruto Mazarrón,
será Mazarrón idiota
que escribe siempre *Arajón*
sólo porque dice Andión
que en Aragón siempre hay jota?

NÉSTOR O. LOPE



Dib. MONDRAGÓN.—Barcelona.

EN EL CINE

- I.—¡*Quítese usted el sombrero!*
II.—¡*Que se quite usted el sombrero!!*
II.—¡*¡Que se pele con el cero!!!*

BUEN HUMOR

A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES
QUE SE AUSENTEN DE MADRID
DURANTE EL VERANO, SE SE-
GUIRÁ SIRVIENDO NUESTRO SE-
MANARIO, SIN SOBREPREGIO AL-
GUNO, CON SÓLO INDICARNOS
LA NUEVA DIRECCIÓN

EL DISCUTIBLE ≡ REALISMO ≡

Un hombre que observa mucho,
mi amigo don Nicanor,
sostiene que los poetas,
aun con el soplo de Dios,
si a su trabajo han de darle
la necesaria expresión,
«deben sentir lo que escriben
cuanto más hondo, mejor».

Nadie escribirá poemas
a las plantas del Mogol
ni al piano de Rubinstein
ni al buen año de Chinchón
con más fe y con más acierto
que el que aquellas plantas vió
u oyó tocar al famoso
pianista, o el buen sabor
del *calmante* chinchonero
con frecuencia disfrutó.

Esto, al parecer, no tiene
vuelta de hoja; no, señor.
Dice mi amigo que el que ama
con verdadera pasión
tiene mucho adelantado
para hablar sobre el amor.
No hay quien describa los bailes
de la gente *comm'ifant*
como el que todas las noches
va de salón en salón...

Mas un día, por capricho,
quise describir (¡qué horror!)
lo que es un dolor de muelas;
pero me dije: —Ahora, no;
cuando me duelan. Entonces,
según mi don Nicanor,
podré imprimir a la idea
la necesaria expresión—.

Anoche, precisamente
(después de estar con Muñoz
en un hotel *granviario*
y en el teatro Pavón
y en casa de la *Chupitos*
sentí en la boca dolor,
tomé cuartillas y pluma
y dije: —¡Buena ocasión!
¡Ahora me van a salir
unos versos... de mistó!—

Y entre enjuagues y quejidos
que inspiraban compasión,
quise *expresar* .. ¡Pero, sí!...
¡un demonio expresé yo!
¿Sabéis lo que hice? Tirar
la pluma por el balcón.
Y no me tiré a la calle
yo mismo, por el temor
a romperme cualquier hueso
y a ensuciarme el pantalón.

Pero quedé meditando
(pese al tal don Nicanor)
que no siempre los poetas,
aun con el soplo de Dios,
si han de imprimir a sus *obras*
la necesaria expresión,
«deben sentir lo que escriben,
cuanto más hondo, mejor».

JUAN PEREZ ZÚÑIGA

BAMBALINAS DIABLAS Y TRASTOS.

El Teatro de la Naturaleza en Pardiñas.

Lo dicho: género de verano.

El Coliseo de Pardiñas se estrenó con *La Emperatriz Mesalina* (¡picamos alto!) de los amigos Luis Gabaldón y Gutiérrez Roig, música del maestro Faixá.

Género completamente de verano: cálido y fresco, al mismo tiempo, como las americanas de punto. Lo propio de la estación. La estación de las Delicias. Y, en efecto, hay delicias suficientes para estacionarse allí. La señorita Lopetegui se encarga del papel de Mesalina, y, por lo que se puede ver, era cosa de que tomara el papel en serio y a lo vivo. La fórmula del arte por el arte quedaría en este caso anulada por la otra cincuenta y cinco veces preferible, del arte aplicado. El agradecimiento de los súbditos sería tan grande que llenaría el Coliseo de Pardiñas, por colosal que sea, durante toda la temporada de verano. Sin llegar a esa «aplicación» y a esas buenas obras de la Emperatriz altruísta, la obra de los Sres. Gabaldón y Roig parece que se basta para llenar el flamante teatro de esta sucursal del Chamberí, casticista, que es el barrio de Pardiñas. Torrijos y alrededores.

Pedro Barreto es el Emperador Claudio de este Imperio. Hasta el emperador, como se vé—por lo Claudio— es fruto de verano.

Todos, sin embargo, son dignos de la fama de Roma.

Incluso las romanas que no llegan a emperatrices reúnen, sin embargo, unas condiciones corpóreas como para que mesalineen con el regocijo general de los agraciados.

Esto es, señores, el verdadero y admirable Teatro de la Naturaleza de que habrán oído ustedes hablar. El otro Teatro de la Naturaleza es una cursilería rebuscada que hace bostezar a Jove y a sus secuaces, los Jóvenes. El Teatro de la Naturaleza solía consistir en una procesión, al aire libre, de señores y señoras vestidos con toda la ropa sucia de la guardarropía que al aire libre y a la luz del sol parece más guardarropía que nunca. El primer actor se ponía casi siempre unas sandalias, pues era, indefectiblemente, helénico, o romano cuando menos; la primera actriz hacía de ninfa y las demás

hacían, ya de chivo loco, ya de Pan, ya de zoquete. El espectáculo era helénico y un poco mitológico, y estaba muy bien: se veía enteramente. En cuanto una señora sale con dos o tres vendas por la cabeza ya se sabe que pertenece a la mitología. Eso está claro. Pero no está claro que sea natural. Lo natural no está en que la mujer se ate el pelo, sino en que se suelte el pelo. Y lo natural no es la procesión de gentes cubiertas con trajes romanos,

lo natural es la procesión que va por dentro, por dentro de los trajes. Así que para hacer Teatro de la Naturaleza no hay más que ir derecho al teatro de verdad, de la Verdad, con espejo o sin espejo, pero sin más... ni más. Ese es el verdadero teatro de arte; sobra el apuntador, sobra el decorado, sobra todo. Menos la actriz, por supuesto. Ya lo dijo el clásico: «Donde esté una mujer, ¡que se quite todo!» Conformísimos. Unamuno proclamó las excelencias de la dramática desnuda; nosotros también; y añadimos: no sólo la dramática sino la cómica: la cómica desnuda también... Ni más... ni menos.

La actualidad.

Ni en broma debe BUEN HUMOR dejar pasar en silencio la muerte de un comediante como Luciano Guitry. No se alarme nadie, sin embargo; no vamos a establecer comparaciones. Ni siquiera vamos a soltar el grifo de las lágrimas y el torrente de la elocuencia necrológica. Pero vamos, en cambio, a contribuir en lo posible a que se le conozca mejor. Hay espíritus para quienes el elogio mayor consiste en presentarlos y decir: «Miren: así era».

Lucien Guitry se nos ha presentado más aún después de muerto. Su hijo Sacha— el actor y dibujante y autor—, había instado a su padre para que escribiese sus Memorias, y el padre había comenzado a emborronar un cuaderno consignando recuerdos, dichos, reflexiones. Ese cuaderno, ignorado por todos, ha sido ahora, después de su muerte, hallado en la mesa de su cuarto del teatro, donde Luciano Guitry escribía aprovechando los descansos, y gracias a ello puede el actor mostrársenos confidencialmente y no quedar todavía perdido del todo. Podemos todavía oírle hablar, verle pensar y sentir. ¡Bello espectáculo!

Pocas serán las frases que citemos; pocas las que conocemos hasta ahora. Son, sin embargo, sabrosas. En la escuela de buenas costumbres que debiera ser el teatro, Guitry se nos aparece como un maestro que cumple con su deber... ¡Parece mentira!

Véase una reflexión que se hacía a sí mismo cuando estaba preparándose



LA SEÑORITA LOPETEGUI,
en *La Emperatriz Mesalina*.

para representar *El Misántropo*, de Molière.

«Si llego a representarlo—se decía— tengo que representarlo tan bien, tan bien... que quiera todo el mundo que se represente a diario... Tengo que conseguir que se represente todos los días, en efecto... y conseguir que venga a verlo todo el mundo... que venga a verlo tanta gente como si se tratara no digo de una porquería, pero casi así.

¡Oh, maestro!..

Las gentes me llaman maestro. A mí no me hace la menor gracia.

—¡Oh, maestro!

—Yo no soy «maestro», señora.

—Oh, maestro, tiene usted demasiada modestia.

¡Demasiada modestia, yo!!!

Pero sí, tiene razón. Tengo, modestia, sí, pero ella no sospecha en lo que consiste. La tengo cuando estoy a solas conmigo y me irato a mí mismo con tanto vigor.

...

Lo decisivo en escena es el magnetismo. Es el todo de la emoción; es el nimbo que aureola al actor. ¡En la decisión es el relámpago! Sólo él transmite la emoción a fondo y honradamente.

A veces vosotros, actores, estais satisfechos porque notais que, gracias a ese magnetismo, se ha emocionado con vosotros la multitud aunque vosotros la habéis hecho creer que era de ley el oro falso que le dísteis... ¡Mal negocio, entonces! ¡Sucio negocio, entonces! Puede que el comprador se haya quedado satisfecho del cambio: pero ¿y tú? ¿Tú también has creído saldar satisfactoriamente la cuenta?

...

Y por último, esta anécdota finísima:

Se estaba representando en La Porte Saint-Martin, una obra suya, *Abuelo*, y un actor estaba intercalando en su papel sandeces de su cosecha. Lucien Guitry le dijo:

—Es curiosísimo que se le haya ocurrido a usted esas frases porque también se me habían ocurrido a mí. Pero me parecieron vulgares y las corté...

¿Por qué no hace usted lo mismo?

La música de Falla.

En la Opera de París se han propuesto estrenar obras de extranjeros y las primeras obras escogidas para el próximo año son del maestro Falla: *La vida breve*—que ya pertenece al repertorio de la casa—, *El amor brujo* y *El retablo de Maese Pedro*,

Antes, en estos casos—dice el periódico francés donde leemos la noticia— solíamos volver siempre los ojos a Italia; justo es que ya volvamos también los ojos a la otra hermana latina: Un ojo para cada una y así todos contenidos.

Con la música a otra parte.

Por cierto que, al dar la noticia anterior, dan otra y dicen:

Acaso sea el año que viene el último que tengamos a Falla mezclado en esta nuestra vida. Parece que el maestro tiene propósitos de retirarse a un claustro.

Dicen que cuando cantan mal, va a llover, y que ciertos barómetros se calan la capucha de fraile cuando hay amenazas de lluvia.

Puede que el maestro Falla tenga aptitudes barométricas y, como habrá oído cantar mal tantas veces en la vida, tenga ya tal hábito de calarse la capucha del mismo que no pueda ya prescindir. Enhorabuena de nuestra parte, pues calarse esas capuchas siempre es un indicio de que guarda el interesado alguna cuerda sensible, oculta y profética.

MANUEL ABRIL



LINAJE.

Dib. LINAJE.—Madrid.

—¡No corra usted, hombre!

—¿Por qué, señorito?

—Porque un hombre que corre con una navaja en la mano es un solemne cobarde.

“BUEN HUMOR” EN PARIS

CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIJADO

XCVI

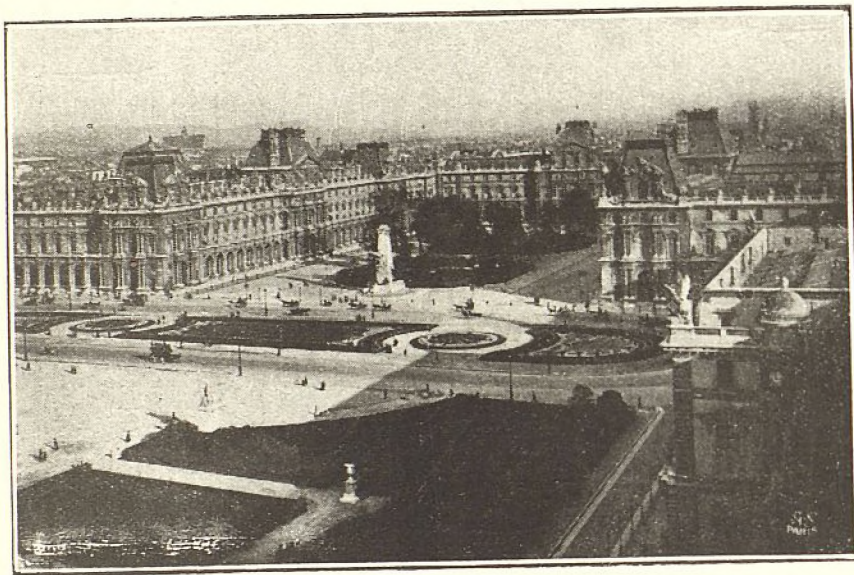
Tantísimas veces lo he dicho en estas columnas, que me figuro que les constará a ustedes de un modo indudable que, desde que terminó la guerra con la victoria de los franceses, en París se come de un modo que es un reverendo asco. No sé lo que hubiese sucedido si los nobles galos, en lugar de ganar la guerra, la llegan a perder, aunque juro por la salud de una gallina parisiense (que no espero poderme

conoce que se estiman como un veneno, dado el tiento con que se echan al puchero los poquísimos gramos, centígramos y milígramos de los escasos ingredientes que los forman. Uno de los manjares más admitido por la buena sociedad parisiense y extranjera son los callos, que aquí se denominan invariablemente *tripes à la mode de Caen*. Pues bien, este plato que no tiene nada de versallesco, cuesta aquí una de francos que, sin hacer chistes que con el hambre no salen bien, re-

que se le podía decir al parroquiano era *¡toma tripital!*, y aun eso resultaba un choteo hiperbólico y una exageración intolerable. Resumen de la cuestión: que aquí los callos cuestan más que un par de botas, con el inconveniente de que usted compra las botas y tiene usted botas, pero hace usted lo mismo con los callos y no tiene usted callos, y ustedes perdonen la villana insistencia con que estoy tratando el asunto.

Ya calcularán ustedes, por el deplorable párrafo anterior, la imposibilidad verdaderamente matemática en que tiene que encontrarse un cronista de mi clase para deglutir cosas de algo más de importancia que la porquería que acabo de nombrar. Anteayer mismo renuncié a comer un pie de cordero a la bretona, pensando cuerdamente que en un restaurante donde se arruina uno por unos cuantos callos, pedir que le sirvan un pie entero es condenarse a implorar la caridad en plazo breve y perentorio. No hablemos de cosas ya cercanas al mito griego, como los capones de Bayona, las langostas a la marinera y las sardinas en aceite. Usted pide en París que le den un capón, y es mejor que le den un firo; la langosta le suena a usted en la miseria mucho más pronto que a los viticultores de Valdepeñas, y si ordena usted que le abran una lata de sardinas, no falta un *garçon* que le pregunte si quiere usted música para el acto de la apertura, dado lo solemne, anómalo y excepcional del caso.

Menos mal que aquí tienen los platos unos nombres tan sonoros que el estómago se entretiene a costa de literatura culinaria y de perfrasis armoniosas; en París, a dos tronchos de lechuga y a unas cuantas hojas verdes que amablemente les añaden, se les llama *salade romaine*; a una especie de horchata, confeccionada con unos almendrucos machacados y un poco de hielo del que sobra en las pescaderías, se le denomina *bombe praliné*, y a lo que en Madrid calificamos, quizás duramente, de *¡patatas asáas, calientes, que van jumeandol!*, le dan estos socios la siguiente tontería de nombre: *grillade aux pommes*, y no quiero pasar en silencio el protervo proceder de los dueños de restaurantes que anuncian cubiertos a precio fijo. En París hay un centenar de establecimientos donde actualmente se sirven cubiertos a doce francos. Usted penetra (o mejor dicho, usted no penetra, y yo se lo aconsejo porque le quiero mucho) en uno de esos fantásticos lugares de esparcimiento estomacal y pide la lista de los platos, de la que previa-



EL FAMOSO Y EMPINGOROTADO «LOUVRE»

Presento a ustedes el Louvre,
el fenomenal Museo,
que todos los días ouvre
el portero según creo.

Presume de competir con nuestro Museo del Prado en pintura, pero esas son ganas de pintarla que tienen los franceses.

trajelar, y por eso lo juro por su salud) que es materialmente imposible que se hubiera llegado a un extremo de gazuza insatisfecha, mayor que la que padecemos en estos ámbitos elegantísimos los cuatro chillados que nos estamos dejando aquí el dinero y los cuatro millones de infelices que procuran repartírselo, a pesar de la poca parte alícuota que le corresponde a cada uno. Conste, pues, que les consta a ustedes que esto, a las horas de comer, es un trágico sarcasmo, y lo peor es que me consta a mí, que soy quizás la víctima más inocente de este intolerable régimen alimenticio. Además, hay que pasar por el precio abusivo de ciertas viandas y por la dosificación verdaderamente farmacéutica de determinados platos; los cuales se

sulta que al preguntar lo que se debe por los callos, hay que exclamar: ¡caracoles!, en cuanto se sepa un poco de castellano. No repetiré yo aquí las barbaridades que he exclamado por no conformarme con los caracoles susodichos y tal vez por saber un castellano mucho más explosivo y rico en interjecciones que el usual entre personas decentes, pero sírvame de disculpa el que las *tripes à la repetida mode de Caen* eran tan escasas siempre, que no había manera de hacer de *tripes corazón* y callarse resignadamente. Es más, una de las veces que las comí (o que me figuré que comí) hubo de increpar al camarero diciéndole que era un ludibrio servirle a uno tan mínima porción con la frase de *¡tome usted tripes!*, cuando lo único

mente le han dicho que puede usted escoger los tres que más le agraden y un postre. Demuestra usted su preferencia por un filete de vaca con salsa de trufas, por un lenguado frito o aristocráticamente gratinado, por un muslo de pollo a la inglesa y por una ración de queso de Brie, y al pedirselo al camarero cree usted fundadamente no haber exigido más de lo que ofrecen por los doce francos. ¡Error eraso y ligeramente supino! Si se molesta usted en volver a mirar la lista, observará que al lado del filete de vaca con salsa de trufas hay una pequeña nota que dice: *un franco de suplemento*; se fijará en que junto al lenguado gratinado figura otra nota que reza: *suplemento, un franco cincuenta*; verá, ya con espanto catastrófico, que a la vera del muslo de pollo, la notita hace saber que el suplemento es de dos francos, y, finalmente, acabará de ponerle *mosca* la advertencia de que el queso de Brie no se sirve sino con un *plus* de cincuenta y cinco céntimos.

Claro es que usted puede, en venganza, pedir tres platos y un postre de los que no estén gravados con esas exorbitantes cantidades suplementarias, pero esos platos suelen ser siempre los que ya se han acabado o los que el mozo no le recomienda, diciéndole confidencialmente que son una birria y que se expone usted a ir al sepulcro con un dolor de barriga persistente, épico e inmarcesible.

Ayer mañana, por excepción, me encontré yo con un mozo que no me puso inconveniente ninguno para servirme por lo menos un plato de los que no pagaban esa especie de impuesto de inquilinato. La vianda indicada era nada menos que conejo a la cazadora, pero una inspiración divina me detuvo al borde del mortífero abismo, y a ella tal vez debo el no estar escribiendo esta crónica al lado del glorioso apóstol San Pedro.

El caso es que el *garçon* me dijo, con ligero temblor de voz que me sonó a complicidad delictiva:

—¡Hay, si el señor quiere, conejo cazado en el día!

Y yo contesté al mozo:

—¡Miau!

Y en la cara de terror que dibujó concienzudamente el flnelito fámulo, ví una cosa así como un *jéste lo sabe*, y hasta podría jurar que de la cocina vino un eco lastimero que acabó de convencerme de que, sino había gato encerrado, le faltaba muy poco.

Podrá esto ser una exageración de mi mente exaltada, pero no me arrepiento de mi negativa a comerme una cosa que quizás envolvía algún tenebroso misterio.

Aparte de que tengo una suprema razón para no devorar carne de animales con los cuales no haya adquirido la familiaridad consiguiente: y es que en París he comido carne de caballo y

desde ese día ando algo fastidiado y tal vez un poco más deprisa a ciertas horas de lo que conviene a un hombre prudente y de historia honesta y limpia.

Y es que se conoce que era un caballo de carreras y, ni aun después de fallecido, tiene la calma necesaria para estarse quieto ni dos minutos.

Y esta es la hora en que no puedo decir si yo soy el que estoy en un potro o si es un potro el que está en mí.

Terrible duda que me tiene disgustadísimo.

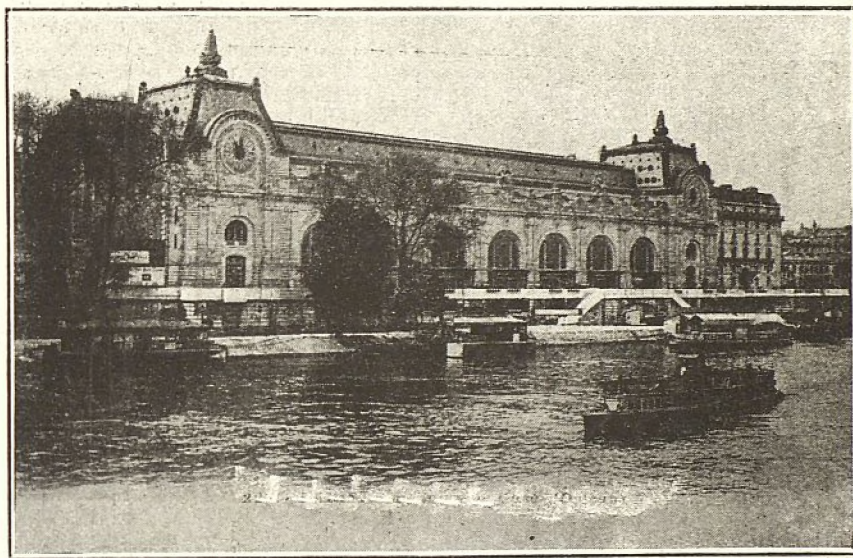
XCVII

Queridas lectoras...

Este capítulo es sólo para solteras,

acuerdo sapientísimo de salir encuerros a ejecutar sus artísticos trabajos. A mí desd. luego el traje me parece, a más de económico, de una elegancia fastuosa, y ni que decir tiene que la tela me seduce y hasta sería capaz de abrigarme con ella y puede que de sudar inclusive, pero esto no es óbice para que yo me crea en el deber ineludible de aconsejar a mis lectoras que no paguen altos precios por los vestidos que se encarguen a París, pues en virtud de que aquí nadie o casi nadie los usa, hay un sobrante tan considerable que la baja tiene que ser un hecho antes de quince días.

A mí ya me lo ha dicho un modisto. —¡Estoy a punto de arruinarme, por-



LA ESTACIÓN DEL «QUAI D'ORSAY»

Presento a ustedes también la estación del quai d'Orsay, en donde yo tomo el tren. Aunque ustedes dirán bien si me dicen: ¿y a mí, quay?

No se despachan billetes de andén, lo cual no creo tampoco que les preocupe a ustedes hasta el extremo de hacerles perder el apetito.

casadas, viudas y etc., a todas las cuales me veo en el caso de dirigirles un aviso para que no se dejen engañar miserablemente.

Si algún periódico de modas les dice a ustedes que los trajes que se llevan esta temporada son modelos de París, no hagan ustedes caso; y, hasta si tienen mal genio (que no lo creo, porque ya me habrían agredido alguna vez), protesten enérgicamente.

En París las modas, como ustedes saben, se lanzan por las artistas de género galante y desde lo profundo de los escenarios. Pues bien, no he conseguido ver, en todo lo que va de año, un solo traje que valga la pena, por la elocuente razón de que todas estas amables señoritas han tomado el

que tengo un *stock* de más de quinientos trajes que no hay socia que se los quiera poner! ¡Pero, como París ofrece siempre compensaciones al negociante, yo que pierdo dinero como modisto, lo pienso ganar fabricando pastillas para la tos!

Ese modisto es un sabio, porque, en efecto, desde la implantación de la nueva moda, hay cada catarro femenino que canta el credo.

Aunque yo vendería preferentemente digital para los caballeros.

ERNESTO POLO

París.—Pâtisserie Chiboust.—Julio.

HISTORIAS AJENAS

EL "CASO" DE HORACIO BARRINARRIAGA

La historia de mi amigo Horacio Barrinariaga no ha sido llevada al teatro, porque, desgraciadamente, en la época en que vivimos nadie sabe pulsar el peripatemesón de la lira de la Tragedia.

Quiero decir, más claramente, y de un modo vulgar, que Esquilo o Sófocles habrían encontrado un gran argumento para sus trágicas obras en la vida de Horacio Barrinariaga, y no cito a Eurípides porque todo el mundo sabe que fué en su tiempo un corruptor de la Tragedia, y porque, aunque le citase, no vendría.

La existencia de Barrinariaga está llena y rebotante de episodios inconcebibles dignos de ser cantados por un Homero o por una Raquel Meller.

Voy a trasladarles —ahora que tengo poco que hacer— uno de esos episodios. Atiendan, pues, y si alguno de

ustedes quiere aprovecharlo para hacer un cinedrama, ruego que se pasen por mi domicilio y discutan conmigo el tanto por ciento en pesetas de la República que piensan sacudirme por la revelación del episodio.

Horacio Barrinariaga fué siempre un muchacho sin imaginación. Sus charlas estaban plagadas de lamentables silencios. Por ejemplo, Horacio entraba en un teatro en el que había poca gente e iniciaba una opinión: Esto está más solo que..., que... y se callaba, porque nunca brotaba en su cerebro el término de comparación ansiado. El hilo de su discurso se componía de una larga serie de *pues claro, y entonces y fué y vino*, etc., etc., con lo cual el lector comprenderá que escucharle no constituía un placer demasiado grande.

Sus adjetivos eran vulgarísimos y el

día que le acudió a la mente por primera vez el epíteto *demoníaco*, fué el más feliz de sus días.

Horacio Barrinariaga conoció a Mely Bertanzos en una función de la Agrupación Artística «Los Afecísimos Amigos y Seguros Servidores de Talla». En realidad, Mely no se llamaba Mely; *aquello* constituía el diminutivo de Lorenza, para lograr el cual casi tuvieron que destilar el verdadero nombre de la niña.

No podía decirse sin quebrantar el octavo mandamiento que Mely fuese muy bonita; tenía la mirada ligeramente estrábica y la nariz recordaba la bella nariz de Cyrano en combinación fisiológica con la del ministro Godoy, que según jura el padre Mariana, era una cosa seria. Por lo demás, y prescindiendo de lo desproporcionado de su figura, Mely resultaba aceptable para un hombre que hubiese vivido toda su existencia entre las tribus horrentotes del Africa meridional.

Horacio no vivió nunca en aquellas refinadas regiones, y, sin embargo, se enamoró de Mely con el mismo entusiasmo con que el Casal Catalá entonaba la sardana conocida por *El Entierro*.

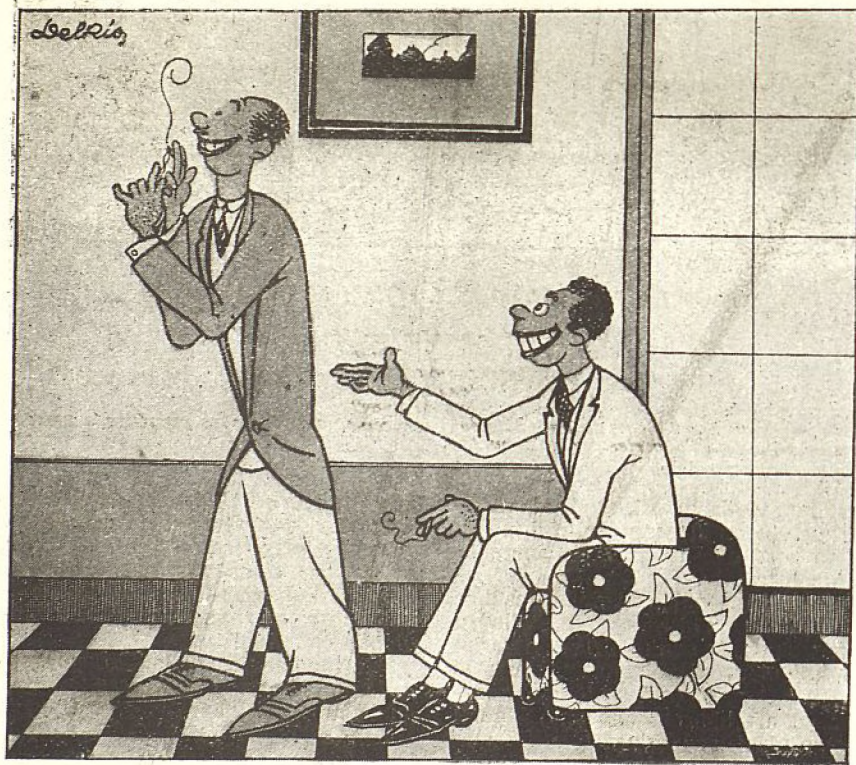
Adelantaré un detalle importantísimo: Mely, a falta de otras cualidades, tenía una imaginación que la de Dumas padre a su lado se convertía en un caso de torpeza mental con budoques de depresión progresiva. Y para ella no había otro ídolo que el hombre que la aventajase en aquella rama del desenvolvimiento humano.

Se comprenderá que las fuerzas ciegas de la Naturaleza chocaron rudamente ante Mely y Horacio.

¿Cómo había de conseguir el amor ansiado de la niña un individuo que tenía menos imaginación que un pelcano? Cuando Horacio se enteró de las preferencias de Mely se perturbó de tal manera que estuvo muchos meses asegurando que en la Dirección de la Deuda se trabajaba intensamente.

Por fin, gracias al caldo Maggi, reaccionó y, siempre decidido a lograr el amor de Mely, se lanzó a buscar en los desvanes de su intelecto y en una colección encuadrada de *Le Journal épatant* un piropro lo suficientemente original y aplastante para lanzárselo a su adorada como un pedrusco que la desgarrase el endocardio en toda su extensión.

Lo halló por fin; era algo maravilloso; pero como todas las obras geniales —se ha perdido y no podrá ser ad-



Dib. Del Río. —Madrid.

—Para ir siempre que quiera a visitar Reales Caballerizas acabo de conseguir un permiso verbal.

—¡A ver; enséñamelo!

mirado por las futuras generaciones.

Con el piropo en los labios, Horacio fué a casa de Mely. Llegó, subió, llamó, esperó, entró, saludó, se sentó y se lanzó.

Por desgracia familiar, Mely no se dió cuenta de que Horacio iba a decir algo definitivo, y le interrumpió para contarle el argumento de un cuadro de la Exposición de Artistas Ibéricos.

La entrevista duró más que un calendario de piedra pómez y durante ella Horacio procuró colocarle a Mely el piropo con un fracaso cada vez más rudo y desesperante. Abrió la boca infinitas veces para pronunciar las palabras que habían de rendir como una caminata el albedrío de su ídolo, pero otras tantas veces advirtió cortado su propósito por el verbo abundante de Mely. Todos sabéis cuál era el verbo abundante de Mely: el verbo «charlar por los codos».

Anochecía. Los faroleros comenzaron a hacerse la ilusión de que alumbraban las calles y Horacio seguía con el piropo embotellado, como el coñac de «Tres cepas».

—Nadie puede calcular las tormentosas ideas que cruzaban el cerebro de Horacio. Un pesimismo hiperbólico le bailaba en el corazón con la misma furia con que el hombre de Cro Magnon bailaba la danza fálica o ritual de Cogul. Pensó en la muerte como en una liberación y se sintió capaz de todos los disparates, incluso de elogiar el orquestón del Real Cinema, cosa que no le ha pasado a nadie por la mente más que hallándose bajo el influjo de una droga maléfica.

Se acercó la hora de comer; una doncella finísima de San Sebastián de los Monarcas anunció a la Mely que «la señorita podía ir a la mesa cuando le diese la gana». Horacio tuvo que retirarse, siempre con el piropo inédito.

No podía más. Le ardían las sienes y tenía el corazón hecho un velocípedo. Ya en la escalera pensó escribir el piropo y deslizar el papel por debajo de la puerta. Pero su stilográfica carecía de tinta y de plumilla y su lápiz de plata—igual que Marruecos—no tenía una mina que valiese la pena.

Fué entonces cuando Horacio Barrinariaga sacó el revólver y se engomó un tiro en la cabeza. Seguramente habría caído muerto allí mismo, de no darse la rara casualidad de que la bala se limitó a atravesarle el cráneo, empujándose después en un muro.

De modo que Horacio siguió viviendo, pero se le olvidó para siempre el piropo genial a consecuencia del traumatismo.

Esto tal vez no lo entienda el lector, pero puede preguntármelo a mí, que no lo entiendo tampoco.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. MEL.—Madrid.

LA OCASIÓN LA PINTAN... CON MANGA

—¿Me haría usted el favor de llenarme este botijo?

HAY QUE TENER FINURA

—Adiós, tú.
 —¡Mi madre, Claudio! Pero, chico; quien te iba a conocer, si hasta llevas camisa con cuello.
 —Es que he raciocinao y he comprendío que a mi nombre le correspondía eso y que todo el mundo me lo decía «Claudio, cuello».
 —Oye. ¿No es Coello?
 —Eso, los de forma pajarita.
 —De modo que te has afinao.
 —Más que un piano. Anda, te convidado a tomar un coke-taille.

—Qué nombre le dan ahora a los vinos...
 —No seas ordinario, Mondragón. El coke-taille es un abritivo del apeíto que está de moda entre la buena sociedad. Se le echa de todo. Tu quieres hacer un coke-taille super y le echas ron, mostaza, zumo de limón, raspaduras de pimienta, más ron y otra porción de cosas.
 —Y lo último que echo ¿qué es?
 —La papilla; porque no estás acostumbrado a estas bebidas finas.

—No, yo me purgo con ricino.

—Bueno, vamos a tomar lo que quieras. ¿Te gusta el roquefor?

—Prefiero Valdepeñas. Es que me has dejao más asombrao que si mi casero me rebaja el piso. Tú, que eras más ordinario que un serón, y que los serones perdonen, te veo ahora como para concurrir a la «peluse» de las carreras.

—Anda y concurro; pero antes me quito la peluse con un cepillo, porque no está bien presentarse ante la gente como si acabara de hacer un desestero. Ahora saludo finalmente, pregunto por la salud de la señora, de los niños y de los generales del directorio, y al despedirme digo.—De usted atento y seguro servidor que le ve la eme.

—¡Atiza! Y te echas al correo. Gastarás un dineral en sellos si tienes muchas amistades.

—Todo es cuestión de principios.

—Ya, ya. El principio afina, mientras que el cocido hace ordinario al que le usa a diario. Estamos, no sólo de acuerdo, si no de acordeón. ¿Y la chica?

—¿Lulú? Buena, gracias.

—No, hombre. Te pregunto por la Felipa, tu vástaga.

—Es que ahora se llama Lulú.

—¡Su madre!

—No; esta sigue llamándose Jenara, porque, mira, Mondragón, no hay quien la cepille manque sea oficial de carpintero. Pues la chica, la Lulú, como se llama ahora, es la causa de esta transformación a la vista del público. Yo, como tú sabes, tenía el cochino oficio de poner ladrillos en fila para la construcción de viviendas.

—Vulgo albañil.

—Completamente vulgo y completamente albañil, sin ver más allá de la llana y por eso metía la pata.

—Claro, tú, a la pata a la llana.

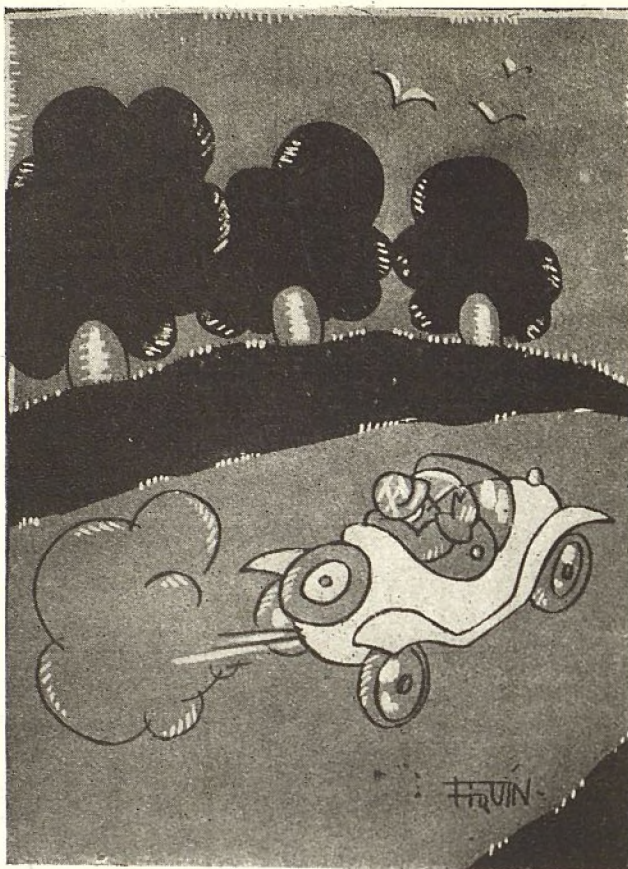
—Hasta que un día en que me quedé en casa por culpa de la enfermedad que me entró...

—¿Una enfermedad?

—Repugnancia al trabajo; of cantar a la Celipa y me atonté.

—¿Tanto gritaba?

—Me quedé tonto de gusto. ¡Qué voz! Ríete de la que



Dib. Fruin.—Madrid.

—Y que tengo que subir al alto del Guadarrama... Me he comprometido y ¡nada! ¡No hay escape!

A C L A R E

el color de su cabello, sin teñirlo, y déle los tonos caoba claro y castaño que tanto favorecen. Use para ello la famosa sustancia de manzanilla

Camomila Intea

De venta en perfumerías y droguerías.

se publica por las noches en Madrid. Era una voz como para arrobar.

—Para robar. ¿El qué?

—El dinero. Para hacer una fortuna.

—¿Vendiendo décimos?

—¡Vendiendo narices! La animé para que se dedicase al teatro, y ella que estaba deseando soltar el estropajo doméstico, me dijo:—¡Ay, padre! me ha dado usted el ser. Yo la repliqué que en colaboración con su madre, pero añadió:—El ser cupletista, que era todo mi sueño dorado a fuego. Con que la lavamos, como no teníamos polvos para la cara, sacudí mi blusa sobre ella y nos fuimos a casa de un maestro de música que la probó...

—¿Como se hace con las salsas para ver si están saladas?

—Una cosa así porque ya comprenderás que las cupletistas también tienen que ser saladas. Y nos lanzamos.

—Tú, también?

Yo a presentar la dimisión de mi cargo de hacer títeres por los andamios y ella se dedicó a los cupletes. Aprendió unos cuantos y salió al escenario. ¡Vaya éxito! Tu has oído el cuplet que dice «A que te doy un palo en el cogote»? Pues, creación suya. Y el otro de «Tengo un niño chulapón»? Pues, también es de mi hija.

—¿El niño?

—¡El arzobispo metropolitano! Como tengo que acompañarla al teatro, a los cafés y demás sitios de concurrencia, porque su madre dice que no vá a ninguna parte si tiene que quitarse las alpargatas de casa, me veo precisado a alternar y a tener hechuras, porque no sé si es por la chica o es por mí, pero nos reunimos con una porción de condeses y duqueses que da miedo y tengo que ser fino, usar corbata, lavarme todos los días y acostumbrarme a no sacudir la ceniza del cigarro contra la suela de la bota.

—Pero, ¿llevas botas a diario?

—Todos los días. Es un sacrificio que me impongo por mi hija, aunque padezgan los callos. No te creas que el ser fino es cómodo ni mucho menos. A mí, por lo menos, me cuesta cada sudor...

A. R. BONNAT



GUÍA DEL FORASTERO
Cualquiera de las calles, plazas y plazuelas que tiene Madrid.

Dib. SAMA.—Madrid.

INTERVIÚ CON LA PEBETA DEL ARRABAL

Su infancia.—Lo del fango.—El cabaret.—Su amistad con «La Provincianita».—La cocó.—La vieja.

Cuando supe que la pebeta Margarita estaba en Europa comprendí que debía procurarme una entrevista con ella, ya que tan conocida es entre nosotros. Con tristísimas músicas nos han contado siempre sus aventuras.

Sabíamos detalles importantísimos de su vida, conocíamos, por ejemplo, sus desgraciados accidentes en el fan-

go del arrabal. Más tarde, supimos de ella cuando triunfaba en el cabaret. Parece ser que por entonces las drogas, y muy especialmente la cocó, llegaron a dominarla. Varias veces se ha dado por cierta la noticia de su muerte. Lo más corriente era hacerla morir en un hospital.

Era necesario poner en claro todo esto. Fui al hotel donde se alojaba.

—¿La señorita Margarita?—pregunté en la dirección del hotel.

—Margarita... ¿qué?—me respondieron.

No acerté a contestar. Los biógrafos de la joven del arrabal se han olvidado siempre de mencionar su apellido.

No tuve más remedio que aclarar:

—La señorita Margarita, una joven argentina, muy triste...

—¡Ah, sí!—dijo el empleado.—Ahora la llaman Margot.

Hice que le pasaran mi tarjeta.

Ella me esperaba en la puerta de su habitación.

—Pase—me dijo.

En las paredes de aquel cuarto había numerosas fotografías de sus patrios lares, como también de sus más íntimos amigos: el huermanito, el prisionero, Milonguita; todos con dedicatorias muy expresivas.

—Cuénteme algo de su vida—le rogué.—Nos interesa tanto...

Margot tuvo una sonrisa.

—Es usted demasiado amable. Mi vida es una vida corriente.

—Sin embargo...—insistimos.

—Le contaré lo que recuerde. Yo nací, como usted sabe, en un conventillo del arrabal. Un conventillo es una casa de vecindad. Si le he de ser franca, he de decirle que mi aparición en este mundo no conmovió en lo más mínimo al barrio. Viví feliz; mis viejos me adoraban y mi infancia transcurrió como un sueño. Sólo recuerdo de aquella época el deslizarme por la barandilla de la escalera de casa. Crecí sin darme cuenta.

—¿Y cómo fué para usted el sentirse mujer?

—Una tarde que yo estaba en el *portón* del conventillo pasó un malevo y me dijo una ordinariez. En aquel momento, instintivamente, me arreglé el peinado por la parte de las orejas. Ya estaba. Ya era mujer. A los pocos días me escapaba con el malevo. Había llovido, y al salir de casa tuve la mala suerte de resbalar y caí al fango.

—Aquí se dijo también que usted había rodado.

—Desmíentalo, desmíentalo. Me creerán tonta. ¿Cómo me iba yo a entretener manchándome la ropa? Me levanté en seguida.

—¿Entonces fué cuando comenzó usted a frecuentar el cabaret?

—Sí, por aquella época.

—Y, dígame, ¿qué hay de cierto en lo que aquí se afirmaba? Parece ser que entre un tango y un fox-trot...

—Nada, no ocurría nada. Entre un tango y un fox-trot se descansa. ¡Pues estaría una buena!

—Alguien dijo que si rodó usted allí también...

—¡Ah!, eso fué «La Provincianita», que es una chica que anda mal de los



Dib. LÓPEZ REY.—Madrid.

El.—¡Qué manera de comer, esta mujer! ¡Es una carabina que se carga por la bocal!

tobillos y se cayó por las escaleras del Maipú. Había bebido, y la «Milonga» la arrastró. Esta era una compañera del cabaret.

—¿Qué concepto tiene usted de la amistad?

—No me gustan los amigos. Vienen de visita, encienden unos pitillos, y como son unos pelmazos, se ponen a recordar y le llenan a una la casa de humo azul... Además, en cuanto vuelve usted la espalda comienzan a criticar. Dijeron de mí que estaba loca. ¡Como yo me entere de quién ha sido!

—¿Y del «Taita»? ¿Conoció usted al «Taita»?

—Eramos vecinos. El pobre era un cursi atroz. Usó corbatita y cuello, y ¡bailaba el tango a la francesa! Ese fué quien dijo que yo echaba de menos el traje de percal...

—¿Y no es cierto?

—No, señor. Nada de eso. ¡Cómo voy a echar de menos el traje de percal! Prefiero éste que llevo: fíjese qué seda...

Y me hacía probar la finura de la tela que llevaba puesta.

Sólo quedaban por abordar dos cuestiones, acaso las más difíciles. Me decidí por fin.

—Dígame, ¿es cierto que se dedicó usted a la cocó?

La pebeta bajó los ojos, y su rostro se ensombreció. Después, con voz opaca, dijo:

—No puedo negar que hubo un tiempo en que la probé. Pero tuve que dejarla: me engordaba de un modo atroz.

—Pero cómo; ¿acaso no le producía un efecto deprimente?

—No, señor. Me sentaba muy bien y me daba muy buenos colores.

Antes de abandonarla le hice la última pregunta:

—¿Y la vieja?

—¿La vieja?—repitió extrañada.

—Sí, la vieja, su mamá. Esa señora que se pasa la vida llorando y lavando la ropa en el conventillo.

La joven se echó a reír.

—Le llamamos vieja como nombre cariñoso. No es que lo sea. Yo no he cumplido los veinticinco años, y allí la gente se casó muy joven. Tiene unos cuarenta y dos.

—No, pero los disgustos...

—No tiene el menor disgusto. Ella lavaba en el conventillo cuando yo no ganaba un peso. Pero, después... Cuando amasé un platá, gracias a los otarios, dejó de lavar, y está muy contenta del rumbo de mi vida. Si no hubiera sido por eso, aun estaríamos en el arrabal pasando fatigas.

—¿Se ha quedado en Buenos Aires?

—No, señor. Está en el cuarto de al lado con su manicura.

Me despedí de la pebeta y salí llevando una idea exacta de su tan cantada existencia.

EDGAR NEVILLE

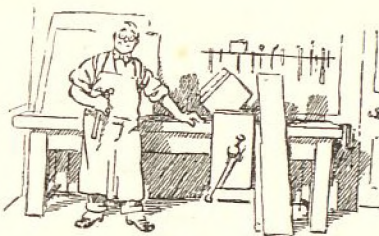
LA CASA DEL GRAN LITERATO (LA INTERVIU ILUSTRADA)



El célebre escritor Sr. Cuth Cart en su despacho.



En la Sala.



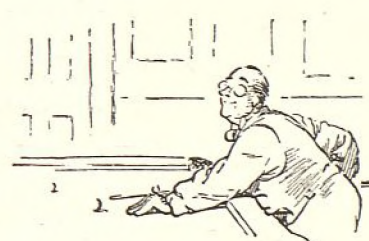
En el taller donde despliega sus aficcions de carpintero



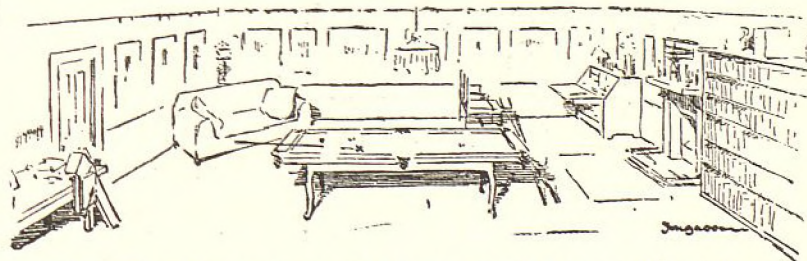
En la galería de retratos.



En la biblioteca.



En la sala de billar.

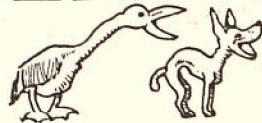


Y, finalmente, este es el salón donde se han tomado todas las fotografías anteriores.

(De Punch, Londres).



DEL BUEN HUMOR AJENO



'COCINA FRANCESA

Por Charles Quinel.

Escoublac convida a su amigo Champlitte a comer en el restaurante «La Galia Gastronómica», célebre por su cocina francesa.

Escoublac (entrando en el restaurante).—Vas a apreciar ahora, mi querido amigo, esta cocina única en el mundo...

Champlitte.—Ya sé que tú conoces los buenos sitios...

Escoublac.—Tengo un olfato para eso... Sé que «La Galia Gastronómica» ha cambiado de dueño; pero de seguro que el nuevo amo seguirá fielmente las antiguas tradiciones de la casa.

Champlitte.—¡Nos vamos a dar un banquetazo!...

Escoublac.—No lo dudes. Todos los platos típicos de Francia entera, hasta los más refinados, propios para halagar el gusto más delicado, los puedes pedir aquí.

Champlitte.—Tanto mejor, porque tengo el estómago algo delicado y no puedo comer sino ciertas cosas exquisitas.

Escoublac.—No hemos podido elegir mejor. Ahora verás. ¡Camarero!

El camarero (acercándose con el lápiz y el block de notas en la mano).—¿Qué desean los señores?

Escoublac.—Puesto que nos hallamos en el templo de la antigua cocina francesa, dadnos gran sacerdote del arte de bien comer, una idea...

El camarero (mentalmente).—¿Qué dice este idiota? (Alto.) La casa, señores, se debe a su reputación. Pueden tomar los señores la sopa Chicago, para empezar.

Champlitte.—¿No es muy pesada?

El camarero.—No, señor. Es caldo con puré de tomates y perlas del Japón. Después pueden tomar el canapé a la Leczinisky.

Escoublac.—¿Leczinisky?... Eso es polaco...

El camarero.—Más bien son sardinas sobre migas de pan, asadas y servidas sobre una servilleta. Aconsejo a los señores que tomen también las

croquetas de ternera a la italiana; vaca ahumada a la noruega y huevos con queso de Parma.

Champlitte (ítimidamente).—Sardinas en servilleta, vaca ahumada... Tú crees que...

Escoublac.—Calla, no le interrumpas.

El camarero.—Después irá muy bien pollo a la Albufera, *foi gras* trufado, salsa suprema y legumbres a la rusa con arroz blanco.

Champlitte.—¿Trufas y *foi gras* para mi pílora?...

Escoublac.—Espera. Continúe usted, camarero.

El camarero.—Y terminaremos por una ensalada sueca con mayonesa; legumbres variadas, setas y colas de cangrejos del Volga; frutas Sir Henry Layard, heladas y servidas sobre galletas de Saboya con unas gotas de *kirsch* y un poco de *cherry brandy*. Por último, Chester y una cosa deliciosa: higos de Esmirna en confitura.

Escoublac.—¿Nada más?

El camarero.—Estas son las especialidades de la casa, los platos refinados de «La Galia Gastronómica».

Escoublac.—Entonces, ¿llama usted cocina francesa a la sopa americana, las sardinas polacas, las croquetas italianas, el pollo español, la ensalada sueca, las frutas escocesas, el chester inglés y los higos turcos?

El camarero.—Es lo que come la gente bien.

Escoublac.—Pues, sabe usted lo que le digo, que la gente bien, puede comer todo eso, pero a mí no me da la gana de comer esas porquerías. (Levantándose). ¡Vamos Champlitte! (Al camarero). Cuando un restaurante anuncia que sirve cocina francesa, tengo derecho a exigir sopa de patatas, vol au vent, tortilla de tocino, lengua normando y buen queso de bric.

El camarero.—Muy bien; pero todo eso lo encuentra el señor de seguro ahí enfrente.

Escoublac.—¿Dónde?

El camarero.—En el restaurante chino.

G. P.

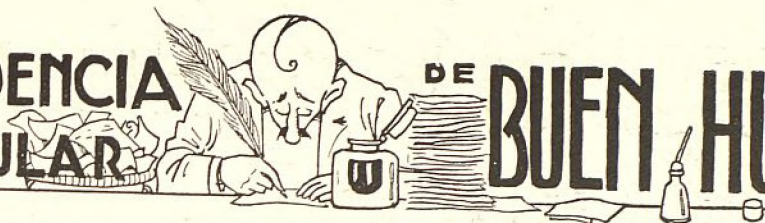


(De London Mail, Londres.)

—¿Qué raro, que siendo tú tan rubia tenga tu hermano el pelo tan negro?

—Es que cuando nació Miguel, mi madre se teñía.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR DE BUEN HUMOR



No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
APARTADO 12.142
MADRID

A. A. E. Madrid.
Sus versos se titulan
Café con leche.
Y nosotros decimos:
¡que le aproveche!...

Pues da la triste casualidad de que a nosotros no nos aprovecha para nada.

Anleo. Madrid.—¡Al cesto... y van quinientos sesenta y tres... ¡Y los que irán todavía, por desgracia!...

C. A. B. Sevilla.
El drama de la cojita
tiene muy mala patta.

Desde que compra Teresa, los corsés *Casa de Presa* ha aumentado su ventura, porque su marido es presa de su mágica hermosura.

Fuencarral, 72. Tel. 48-00 M.

R. Q. E. H. Madrid.—*El autobús*, modelo de crónicas, que usted ha lanzado sobre nosotros a una velocidad prohibida por el excelentísimo Ayuntamiento, llegó bien, pero después de haber atropellado a doña Gramática y a don Sentido Común. Huelga decir que hemos retrado el carnet al chauffeur y que protestamos con toda nuestra energía del espachurramiento de las desgraciadas víctimas referidas, aparte de estar decidiéndonos a entablar la acción correspondiente ante los Tribunales.

Donoso. Zaragoza.—Su seudónimo es Donoso, pero su artículo es de lo menos donoso que ha caído

CASA ZAMORA
Primera en libros y material de enseñanza.
Plaza Mayor, 11. — MADRID

en nuestras pecadoras manos y en nuestro inocentísimo cesto.

Rip-Rip. Madrid.—

Nos manda usted una cosa que no es verso y que no es prosa. Así es que hemos dicho: ¡ah!

¡Resulta que esto no es ná!... Y en efecto, eso precisamente es lo que es.

H. M. A. Madrid.—La letra es magníficamente redondilla, el papel suavísimamente satinado, la tinta brillantemente negra y la firma elegantemente sobria. Lo malo es el artículo, que es rematadamente estúpido. Pero, ¡caray!, no todo iba a ser bueno, y nosotros no somos tan exigentes como para reclamar por ese modesto detalle. Suponemos, pues, que habrá usted quedado contento y satisfecho. ¿A que sí?

HIJO DE F. DÍEZ PAUPERIÑA
Postales y abanicos. Peperlería y objetos de escritorio.
Magdalena, 32. Tel. 54-32 M.

M. V. F. L. Yecla.—Desgraciadamente, no resulta utilizable su envío. Pero, para consuelo de usted, le advertimos que eso es lo que pasa con casi todos los envíos de los demás. Está la juventud literaria española que es una ruina. Y como la vejez es otra ruina, tenemos que España es un indecente montón de escombros. ¡Qué pena!

B. Alicante.—Los pies resultan un poco ancianetes, pero, en consideración a que los dibujos son algo más juveniles, procuraremos aprovechar alguno. Le recomendamos,

Cesáreo Alonso
Ortopédico del Hospital Militar y del Instituto Rubio.
Talleres propios. Precios económicos.
Fuencarral, 104. Tel. 405 J.

no obstante, que cuide los chistes, pues a veces se retrasa la publicación de un mono por eso: porque nosotros tenemos que elaborar el chiste y unas veces por otras, casi nunca nos cege con gana... Y el tiempo pasa y el planeta gira en su órbita y las razas van desapareciendo y el dibujante se harta de esperar. ¿Está esto entendido ya?

CIPRIANO MARDOMINGO

Almacén de jamones, tocinos y mantecas. Exportación a provincias. Atocha, 75 y 77. Teléfono 928 M.

K. D. T. Segovia.—Le rogamos encarecidamente que nos remita el libro completo, o sea todas las *Idioteces* juntas. Así podríamos escoger las que nos parecieran. Las que nos manda, no es que no sean idioteces (lo son y gordas) pero puede muy bien haber otras que lo sean más, lo que es casi seguro. Y como ya hemos convenido en que somos aquí también unos idiotas, es preciso que usted demuestre que es un digno compañero. Confiamos en que lo demostrará usted de sobra y por eso nos atrevemos a dirigirle la súplica que le hemos dirigido.

Quien el Licor del Polo siempre consi me, al respirar exhala rico perfume.

P. B. T. Tetuán.—No sirve. Don Gonzalo. Sevilla. Esroso, pafoso y malo

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA.—CARRETAS, 7
Fulseras de pedida.

A la presentación de esta anuncio, se descuenta el 10 por 100.

su artículo ¡Aquí estoy yo!...

Es lástima, pero no

me hacéis reír, Don Gonzalo...

A. Quirón.—De los dibujos que usted dice que envió anteriormente, no sabemos aquí ni una dulce palabra. Por tanto, no nos extrañaría que fuese usted ese Quintín *el amargao* que tanto se menciona por ahí. En compensación, tenemos el placer y la comodidad de aceptar uno de los que ahora nos ha enviado en unión de su grata, efusiva y patética carta.

Casilarí.—Es de una gracia muy burda. Y nosotros somos tan finos, que todo el mundo sabe que preferimos ir a Valladolid setenta veces (aunque no tengamos nada que hacer allí) a hablar una sola vez con el ordinario.

Varela.—Los pies de los dibujos tienen mucha gracia los tres, pero

los dibujos están un poquito verdes. Por ahora no se ve en ellos más que una loable afición. Loémosla, por tanto, y usted procure irse mejorando a ver si podemos llegar a entendernos alguna vez.

Non capisco. Madrid.—Tiene usted una letrita, amigo, que nosotros *capiscamos* todavía menos que usted. Mándelo escrito a máquina, y procuraremos entenderlo, si tenemos tiempo.

F. R. M. Madrid.—
Es Los juanetes del «Chato»
un cuento tan viejecillo que, aunque nos le de barato, no echamos mano al bolsillo.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

¡Ah! Y no venga usted con la aclaración de que nos lo cede gratis, porque tampoco nos conviene. Hay que hacer cosas relativamente originales, aunque resulten algo menos mójicas.

El carpintero. Madrid.—Se le conoce a usted el oficio en el ligero serrín que se le escapa de la cabeza de vez en cuando, o mejor dicho, siempre

Compro **CRUZ, 18**
Vendo
Alhajas, relojes, máquinas de escribir y fotográficas, pianos, escopetas, gramófonos, etc.

Riofrío. Barcelona.—Su artículo titulado *El rosario*, después de echarnos nuestras cuentas, resulta que nos sería oneroso publicarlo.

M. R. C. Madrid.—Admitido su humorístico desahogo. ¡Es usted un hacha y le esperan grandes triunfos en esta su casa!

CUPÓN

correspondiente al núm. 189 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente tarjeta y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Escena familiar.
Ella.—Mañana hace veinte años que nos casamos, Luis, ¿quieres que matemos el pollo?
El —¿Y qué culpa tiene el pobre animal de la tontería que cometimos hace veinte años?

José Calzado.—Benkarrik.

—Si me muriera, ¿qué harías?—
preguntaba su mujer a Gedeón.
—Probablemente lo mismo que tú.
—¡Ah canalla, sinvergüenza! ¡Ya me lo figuraba!
Naropey.—San Sebastián.

El notario a su cliente.
—¿Cómo dejar a su servicio los duros, si no los tiene?
—No sea usted inocente... y el pisto que me daré cuando lo publiquen los periódicos.

«Paco» (el Figaro).
San Sebastián.

—¿Quién es el que tiene más probabilidad de ganar los concursos de chistes de Buen Humor?
—Paulino Uzcudun, porque tiene muy buenos golpes.

Luis Rodríguez Fernández.
Santander.

Cierto ricachón mandó a un criado suyo a un teatro de la corte para que le trajera dos sillones de platea. Al cabo de dos horas regresó el criado, y como el ricachón viera que no le daba ninguna solución, le preguntó:
—Pero, y los sillones, ¿no los traes?
—Señor, me ha sido de todo punto imposible, pues están todos clavados.

Santiago Santacreu.—Madrid.

—¿Por qué Barcelona es ciudad fuerte?
—Porque tiene muchos muelles y no se le va ninguno.

Caza Res.—Barcelona.

En un día de lluvia.
—¿Me permite usted, señorita, que le ofrezca mi paraguas?
—No.
—¡Caramba! ¡No creía que una

señorita tan mojada diera una contestación tan seca!

Un aspirante al...—Almería.

Por no quererse purgar la diñó el pobre Liborio, y, como era de esperar, fué su ánima al purgatorio.

Leandro Reyes Santa-Paz.

—¿Y cómo le ha dado ahora por el boxeo?

—Pues porque me dijo Paco el otro día que yo no valdria para esas cosas y estoy aprendiendo nada más que para darle en la cabeza.
Periquín.

—¿Por qué me has traído de Venecia el espejo estilo Luis XV y no Luis XVI como te encargué?
—Mujer, por ahorrarme un «Luis».
Piedad.

Por teléfono.
—Central, con el X S, haga el favor.

—¿En casa del señor Temprano?

—Sí, señor.

—Haga el favor de decirle se ponga el aparato.

—El señor está en la cama, dígame lo que desea que yo se lo haré presente.

—Es necesario que se ponga el señor Temprano al aparato.

.....

—¿Quién es?

—¿Es Temprano?

—Sí, señor.

—Pues ya llamaré más tarde...
F. E.

—¡Chico, es asombrosa esta noticia!

—¿Cuál?

—Pues que en el Mediterráneo ha ido a pique un barco y sólo se ha salvado un cura que quedó encima

del agua sin hundirse. Es un milagro, ¿verdad?

—¡Qué, no lo creas! ¡El cura no se hundió porque cayó encima de un pulpito...
Pedro Vizcaíno.—Melilla.

—De parte de mi madre que me usted el vestido claro.

—Pues dile a tu madre que no me da la gana, y que si lo quiere más claro.

F. R.—Logroño.

En una feria había una barraca y en la puerta de ella un hombre con un gorro colorado y una campanilla en una mano, que decía a gritos:

—¡Pasen, señores, pasen adelante! Por veinticinco céntimos verán ustedes la mujer fenómeno, tiene seis pies y dos bocas. ¡Pasen... pasen!—entraba mucha gente y se encontraban con una enana vestida de oda isca, subida en una mesa, y al lado, el que la exhibía, que decía:
—¿Ven ustedes, señores? ¡Esta mujer tiene seis pies, dos que la sostienen y cuatro de estatura, y dos bocas, una en la cara y la otra en el estómago!

Pedro Soria.—Madrid.

Exámenes.

Profesor.—¿Qué se necesita para abrir una casa sellada por el Juzgado?

Discípulo.—La llave de la puerta.

P. P.—Palencia.

Fué llamado por sus superiores el director de un Manicomio por haber sido acusado de tratar mal a los locos.

Al preguntarle que por qué hacía eso, respondió:

—Les advierto a ustedes que esto que se me acusa es incierto; los locos se quejan sin razón.

F. G. G.—Ceuta.

—¿Qué dimensión suelen tener los carros?

—Los carros, por lo general, tienen dos varas.

Eseesede.—Madrid.

—¿Qué cosa da más gusto a las mujeres?

—La pulga, porque antes de cogerla se chupan el dedo.

De Teyás.—Valdepeñas.

En el cementerio.

—Dígame, señor; ¿podría yo retirar el cadáver de un pariente mío?

El empleado.—Sí, señor. ¿Podría decirme si el difunto tenía alguna señal particular?

—Sí, señor; era tartamudo.

M. y Yo.

En un examen de Historia.

—¿Que dió a Colón Isabel la Católica para el descubrimiento de América?

—Sus alhajas, porque no tenía dinero.

—¿Y por qué no tenía dinero?

—Porque estaría a últimos de mes.

C. Porrillo.



HERNIAS
Bragueros científicos.
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

El colmo de un tocador de guitarra.

Entrar a comprar una guitarra a una perfumería, por haber leído, gran surtido en objetos para tocador.

Clak.—Madrid.

Un engaño.

—Ese hombre es un canalla, me dijo que me iba a dar dos bofetadas y me engañó miserablemente.

—Pues que, ¿no se las ha dado?

—No, señor; me ha dado cinco.

R. T. L.

A un boticario se le ha muerto el padre y un vecino del pueblo manda a su hijo (que era tonto) a que de el pésame al hijo del difunto, y le dice:

—Oye, Pedro, de parte de mi padre pésame.

—¡Pues sube a la basculal!

Felipe Nowa.—Bilbao.

En un restaurante barato.

El parroquiano, que es muy calvo, se encuentra un pelo en la sopa y llama al camarero

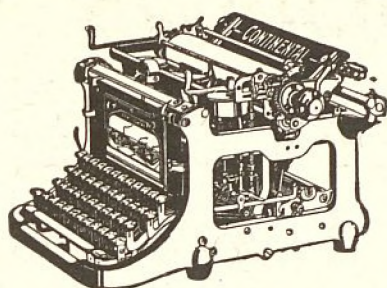
Este dice: «No le importe a usted, porque de lo que se come se cria.

Rosita de la Riva.—Madrid.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 12.

La máquina de escribir **CONTINENTAL** es la predilecta.



Pídanla a prueba a los concesionarios de España, Portugal y Marruecos.

ORBIS, (S. A.)

MADRID.-Hortaleza, 17. Tel. 44-58 M.
 BARCELONA.-Clarís, 5.
 VALENCIA.-Mar, 8.
 BILBAO.-Ledesma, 18.
 PALMA DE MALLORCA.-Quiat, 7.
 SEVILLA.-Rivero, 7.
 TOLEDO.-Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir **CONTINENTAL**, se venden máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

ALQUILER DE MÁQUINAS :: ACCESORIOS PARA TODOS LOS SISTEMAS



EL INVITADO.—Ya estará la casa llena de imbéciles. ¿Verdad?
 LA DONCELLA.—No, señor: Usted es el primero que llega.



DELICIOSO ES AFEITARSE CON
LATHERKREEM
 SIN BROCHA, TAZA NI JABÓN

Tubo, 3,75; tarro, 7 ptas.
 EN PERFUMERIAS Y DROGUERIAS
 Concesionario: PEDRO SUÑER.— Sicilia, 29. BARCELONA

**LOS
 FAMOSOS**

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEVER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de
 toda clase de insectos.

ALHAJAS

Se compran para casa extranjera, pagándolas espléndidamente. Puerta del Sol, 11 y 12, segundo derecha.
Hay ascensor.



—Aquí tiene usted un violín antiguo; un Stradivarius.
—No. Afortunadamente nuestros medios nos permiten comprar uno moderno.

(De Excelsior, París.)

INDRA PERLA

LA CASA MÁS SURTIDA
AL TODO DE OCASIÓN
FUENCARRAL, 45

FÁBRICA DE LUNAS

Y ALMACÉN DE CRISTALES
BISELADO, GRABADO Y DECORADO ARTÍSTICO
F. FERNÁNDEZ
FLORIDA, NÚM. 10 MADRID TELÉFONO 28-98 J.

CASA VEGUILLAS COMPRA Y VENTA

La que más paga las papeletas del Monte, alhajas, máquinas de escribir y fotográficas. Pianos. Pianolas. Objetos de arte. Mantones de Manila y mantillas de encaje.

Leganitos, 1 y Torija, 2. Sucursal: Infantas, 26.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial LOGROÑO

PARÍS y BERLÍN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LIQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis *belleza, distinción y delicado perfume*.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDRO-LINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosa y juventud*.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar el cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin sentirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41.



Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS		EXTRANJERO	
Trimestre (15 números).....	5.20 pesetas	UNIÓN POSTAL	
Semestre (26 —).....	10.40 —	Trimestre.....	9 pesetas
Año (52 —).....	20 —	Semestre.....	16 —
		Año.....	32 —
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS		ARGENTINA (Buenos Aires)	
Trimestre (15 números).....	6.20 pesetas	Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre (26 —).....	12.40 —	Semestre.....	\$ 6.50
Año (32 —).....	24 —	Año.....	\$ 12
		Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LÓPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

— MADRID —

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

BUEN HUMOR



Dib. BARBERO.—Madrid.

- Este sombrero me gusta mucho, pero, la verdad, ¡quinientas pesetas!...
- No, señorita; ese no vale más que ciento cincuenta.
- ¡Ah! Entonces enseñeme algo mejor.